



LORD BYRON

Romanticismo y Revolución

“El poeta sentimental siempre tiene que enfrentarse con dos representaciones y sentimientos en lucha, con la realidad como límite y con su idea como infinito”

De: “Historia del Pensamiento Filosófico y Científico”

Reale y Antiseri

“Buscamos por todas partes lo Absoluto, lo incondicionado, y solo encontramos cosas”

Novalis

A finales del siglo XVIII el mundo occidental sufrió una profunda sacudida, cuya manifestación más espectacular fue la Revolución Francesa. Como consecuencia de ello los valores sociales y culturales se transformaron sensiblemente. El romanticismo se caracterizó por ser la conciencia nueva que surgió de esa transformación, y adquirió el aspecto de una revolución cultural.

Como hecho histórico preciso, el romanticismo designa al movimiento espiritual que incluía no solo la poesía y la filosofía sino también las artes figurativas y la música, y que se desarrolló en Europa entre finales del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX. Pero fue mucho más que eso. Fue una nueva actitud frente a la vida, subjetiva y egocéntrica, una nueva manera de observar el mundo, más íntima y obsesiva, lo que ellos mismos llamaban *“una constante y permanente irritabilidad del sentimiento”*. No se trató un movimiento homogéneo. No puede sistematizarse, pues adquirió los caracteres generales de cada una de las regiones en las que se manifestó, y las particularidades de cada uno de los tiempos en que se dio. Sin embargo, constituyó uno de las revoluciones más importantes que el hombre haya experimentado, pues difuminó los límites y devolvió al individuo su interioridad, la pulsión de su sentir.

El movimiento romántico liberó al pensamiento de la sobriedad deductiva del racionalismo cartesiano, de los órdenes jerárquicos y de las categorías de casta. Así, pensamiento y sociedad se dividieron en átomos, dando lugar al florecimiento de este nuevo “sentir” provocado por la decadencia del *Ancien Régime* y por el declive de la vitalidad creativa del racionalismo clásico.

La Revolución Francesa fue una de sus materializaciones más acabadas, seguida por la reacción en cadena de las guerras napoleónicas que sacudieron la estructura europea en el período 1830 - 1848. En la base de la energía liberadora de aquellos años existía la convicción, heredada de Rousseau, de que la infelicidad y la injusticia del destino humano dependían de la pérdida de la gracia originaria. El hombre había fabricado sus propias cadenas, pero podía destruirlas. Esta era una tesis que llevaba muy lejos, significaba que el hombre tenía en sus manos las riendas de su futuro. Por eso la Revolución. Ella no fue otra cosa más que un intento por retomar las riendas de la historia.

En el ojo de la tormenta, en el centro de todas estas agitaciones y casi como una premonición, nace en Inglaterra George Noel Gordon, Lord Byron, tal vez el poeta romántico más importante de su generación. Nació en Londres, en el año 1788 y murió en Missolonghi, Grecia, en el año 1824. Hijo de un aristócrata extravagante que disipó toda su fortuna cuando él era pequeño, pasó una infancia infeliz (amargada entre otros motivos, por la deformidad congénita de su pie izquierdo). Estudió en el *Public School de Harrow* y en el *Trinity College de Cambridge*, aunque su formación intelectual fue más bien dispersa y caprichosa. Byron formó parte de la segunda generación de poetas románticos, más radicales en sus posiciones políticas, revolucionarias y republicanas. En aquel momento estaba en auge la poesía satírica a consecuencia de la desilusión reinante. Esta podría considerarse como la línea que marca la diferencia entre una generación y otra, la que se puede trazar entre la esperanza de nuevos

ideales que trajo consigo la Revolución Francesa y la desesperanza del fracaso. La característica de esta segunda generación romántica fue su culto por lo oscuro, por lo prohibido, por lo impenetrable. Su pasión por lo diabólico, y lo macabro, por lo excéntrico y lo perverso devienen de aquellas obsesiones.

El público byroniano, pertenecía a las filas de la burguesía descontenta, llena de resentimiento y de ánimo romántico, cuyos miembros fracasados se tenían a sí mismos por otros tantos “Napoleones desconocidos”. El héroe romántico de Byron está concebido de tal manera que todo muchacho desilusionado en sus esperanzas, o toda muchacha disgustada en su amor, podían identificarse con él. Escribe Hauser: *“El héroe romántico que Byron introduce en la literatura es un hombre misterioso; en su pasado hay un secreto, un terrible pecado, un yerro siniestro o una omisión irreparable. El es un proscrito, todo el mundo lo presiente, pero nadie sabe lo que está escondido detrás del velo del tiempo y él mismo no levanta ese velo. Camina el secreto de su pasado solitario, silencioso, inaccesible. De él brotan perdición y destrucción. Es desconsiderado consigo mismo y despiadado con los demás. No conoce el perdón y no pide gracias ni a Dios ni a los hombres. No lamenta nada, no se arrepiente de nada, y a pesar de su vida desesperada no hubiera querido tener otra. Es áspero y salvaje, pero es de alta prosapia; sus rasgos son duros e impenetrables pero nobles y bellos, emana de él un atractivo que ninguna mujer puede resistir y ante el que todo hombre reacciona con la amistad o la hostilidad. Es un hombre perseguido por el destino y que se convierte en destino para otros hombres”*¹. Resulta claro, entonces, que el tipo romántico byroniano, provocaba a la vez una cercanía y un interés mayor por el autor. Así, la relación lector / autor se intimó. Byron continuamente invita al lector a arriesgarse, a ponerse de parte de aquellos que son imprudentes, apasionados, sensibles y valientes.

“Somos juguetes del terror y el tiempo: callados se nos vienen ya los días, callados nos huyen, y vivimos la vida odiando y el morir temiendo. Todos los días de este odioso yugo, de esta carga vital del agitado corazón, destrozado por las penas, o latiendo rápido con dolores, o con placer que acababa en agonía o languidez: entre todos los días del pasado y el futuro (ya que en la vida no hay presente), sólo podemos contar unos pocos, o menos que unos pocos, en que el alma deje de ansiar la muerte; y sin embargo, el alma retrocede como retrocede un arroyo en el invierno, aunque el frío es de un instante. Un recurso me queda aún en mi ciencia; puedo evocar los muertos, preguntarles qué cosa es la que tanto tememos ser: la peor respuesta que pueden darme es la tumba. ¿Y qué es la tumba? Nada”.

Acto II. Escena I. “Manfredo”.

Tenemos aquí la oscura concepción de la vida y de la muerte propia del romanticismo de la segunda generación. El conflicto en torno a la finitud del hombre y la angustia que ella provocaba en el poeta son explícitas. Rebeldía abierta y sin escrúpulos, acusación al mundo circundante, denuncia quejumbrosa y llena de piedad para sí mismo.

ESPÍRITU: *“¿Qué quieres de nosotros, hijo de humano? Di.*
MANFREDO: *El olvido”.*

Acto I. Escena I. “Manfredo”.

Es propio del alma romántica sentir la “trágica imposibilidad” de... Ello es producto del desengaño histórico. Puede decirse que se habían cifrado demasiadas expectativas en la idea de “salvación por medio de la razón” que el Iluminismo había acuñado. Se había confiado demasiado en la “felicidad” que la Razón traería aparejada. Al transcurrir el tiempo y comprobar que aquella no llegaba, se tomó conciencia con amargura de la incapacidad de los racionalistas para construir un mundo ideal sin el riesgo de derramar sangre o de arruinar los grandes principios del derecho natural. El desarrollo de la Revolución francesa contribuyó ampliamente a plasmar tal sensación. El Terror de 1790, empujó a los espíritus románticos a una visión más interiorizada de la relación entre el hombre y el mundo, y con su carga pasional colocó en crisis de manera definitiva el mito ilustrado de la razón. En su *“Historia Social de la Literatura y el Arte”*, Arnold Hauser afirma: *“En el siglo XVIII los escritores eran los guías intelectuales de Occidente; eran el elemento dinámico que estaba detrás del movimiento reformador, representaban el ideal de personalidad por el que se guiaban las clases progresistas. Pero todo esto cambió con las consecuencias de la Revolución. Esta les hizo responsables tan pronto de haber ido demasiado lejos como de haberse quedado demasiado atrás con respecto a las innovaciones, y no pudieron mantener su prestigio en aquél período. La mayoría de ellos se vieron condenados a carecer en absoluto de influencia y se sintieron completamente superfluos. Se refugiaron en el pasado, que convirtieron en el lugar donde se cumplían todos sus*

¹ HAUSER, A. *Historia Social de la Literatura y el Arte*. Tomo II, Barcelona, Labor, 1994. pág. 396.

deseos y todos sus sueños, y excluyeron de él toda tensión entre idea y realidad, yo y mundo, individuo y sociedad”².

La vida romántica, por tanto, se prefiguró a sí misma como un viaje hacia la muerte, plagado de angustia y desolación. La comprensión de la muerte no consiste para el romántico ni en esperarla ni en huir de ella, sino en la anticipación emotiva de la misma: la angustia. Según Novalis, “*toda poesía tiene un lado trágico. Toda vida termina con la vejez y la muerte*”. De esta experiencia del tiempo les vino a los románticos su aspiración al infinito. La buscaban en el recuerdo, en el amor, en el arte, y llegaban siempre al pensamiento sobre la muerte. La muerte es el fin del tiempo y también el fin del arte romántico:

“*Sí, vivo, mas es para morir; vivo y viviendo, no miro nada que a mis ojos haga la muerte odiosa, salvo aquel innato apego; un degradante, aunque invencible instinto de la vida, que aborrezco tanto cual me desprecio, y que, no obstante, no puedo dominarle. Y así vivo... ¡Ojalá nunca, nunca yo viviera!*”.

Acto I. Escena I “Caín”.

A lo largo de su vida, Byron fue visto como un hombre excéntrico. Viajes hacia destinos inhóspitos, múltiples conflictos con la ley, dilapidación de su fortuna, una vida sexual promiscua (se lo acusó de haber tenido relaciones incestuosas con su hermana), ritos macabros que incluían orgías en cementerios fueron algunas de las acusaciones que debió enfrentar a lo largo de su vida. Tal fue la fascinación y la sospecha en torno de su figura, que según cuenta una anécdota, durante su viaje a Cádiz, España, una señora de la alta sociedad y su hija de quince años se encontraron con él en la calle. Byron regresaba de una fiesta privada en donde el alcohol y el sexo habían sido la nota, mientras que las dos mujeres se encaminaban a la misa dominical. Cuando el escritor posó su atención en la niña, la madre horrorizada le dijo a su hija: ¡No lo mires a los ojos! ¡es demasiado peligroso hacerlo!

Byron acabó sus días en la isla griega de Missolonghi, luchando por la independencia de aquél país. A simple vista, nada tenía que hacer un inglés en esa lucha. Sin embargo, no debemos olvidar que, en este caso, se trata de un hombre romántico. Su desprecio por los límites y la opresión, su amor por la libertad, la intrínseca necesidad de buscar lo exótico, lo extravagante, la muerte misma, lo impulsaron.

“*¡En torno de mí veo el estandarte, la espada y el erial, la Gloria y Grecia! No se hallaba más libre el espartano cubierto por su escudo. ¿Por qué vivir? ¿La juventud deplorar? Te encuentras frente al campo de batalla, ¡la muerte con honor brindar te exige hasta el último aliento!. Buscar y hallar son cosas diferentes; la tumba del soldado es tu presea; mira al rededor entonces, luego elige donde por fin reposes*”.

Como buen romántico, Byron supo hacer de su propia vida una obra de arte. Pero además, constituyó uno de los paradigmas más grandes del movimiento. Su genio y su figura todavía siguen siendo estudiados. Despierta pasiones tan encontradas hoy, como el día de su muerte, cuando el Abad de Westminster le negó la sepultura en aquella Iglesia por considerarlo un “*poeta maldito*”. En el año 1924, al cumplirse el centenario de su muerte, su tumba fue profanada. Lo sucedido aquella noche es desconocido por la mayoría, y ha sido motivo de una famosa novela que todavía puede encontrarse en circulación. Sea como fuere, Byron llevó al extremo la sensibilidad romántica a tal punto que muchos años después de su desaparición, sigue siendo objeto de fascinación. Tal vez ello se deba a su personalidad. Un hombre que siguió al pie de la letra la máxima que constituyó el programa de vida de todo romántico: “HABÍA QUE ARDER PARA EXISTIR”.

Lic. Flavio A. Sturla / Verano de 2006

BIBLIOGRAFÍA:

- DE PAZ, A. *La revolución romántica*. Madrid, Tecnos, 1992.
- FELICI, L. - ROSSI, T. <Romanticismo> en: Enciclopedia de la Literatura. Barcelona, Garzanti, 1991.
- HAUSER, A. *Historia Social de la Literatura y el Arte*. Tomo II, Barcelona, Labor, 1994.
- REALE, G. - ANTISERI, D. *Historia del Pensamiento Filosófico y Científico*. Tomo III. Barcelona, Herder, 1995.
- LEOCATA, F. *Del Iluminismo a nuestros días*. Buenos Aires, Ed. Don Bosco, 1979.
- FURET, F. *Pensar la Revolución Francesa*. Barcelona, Petrel, 1978.
- BYRON. *Complete Poetical Works*. New York, Oxford University, 1970. (Traducción del autor)
- BYRON. *Débil es la carne (correspondencia veneciana 1816-1819)*. Barcelona, Tusquets, 1999.

² HAUSER, A. Op.cit. pág. 351.